

ISTANBLUES

Xavier Molina

Copyright © 2017 Xavier Molina

All rights reserved.

ISBN: 1977647863

ISBN-13: 978-1977647863

Nota aclaratoria

Todos los personajes que forman parte de la narración del libro e intervienen en la misma son producto de la ficción. Cualquier parecido de los mismos con personas de la vida real es mera coincidencia. Si bien existen personajes y situaciones que se podrían considerar históricos la interpretación que de los mismos se da en el libro es de nuevo mera ficción.

En Enero de 1997 se supo que Chipre se disponía a comprar misiles S-300 a Rusia con la intención de desplegarlos en el sur de la isla, la única porción que controlaba desde que en 1974 los turcos invadieran el norte.

El gobierno turco protestó de inmediato, difundiendo entre la opinión pública de su país la falacia de que los S-300 eran capaces de alcanzar las ciudades más importantes de Turquía. Plegándose a las presiones gubernamentales los noticieros comenzaron a emitir inquietantes mapas donde se mostraban flechas que partiendo de las baterías del sur de Chipre impactaban en Estambul, Izmir y Ankara.

Los turcos, a la vez que realizaban gestiones diplomáticas, amenazaban con iniciar hostilidades con Chipre en caso de que osara instalar los misiles. Tal declaración de guerra habría arrastrado a Grecia a un conflicto bélico como principal aliado de los greco chipriotas, colocando además a la OTAN en una difícil posición puesto que tanto Ankara como Atenas eran miembros de la coalición.

El gobierno turco, aún sabiendo que el despliegue de los misiles no era posible antes de 1998, se apresuró a reforzar su presencia naval en el Mediterráneo enviando varios navíos de guerra desde su base en el Marmara, asegurando que registraría cualquier buque ruso , tanto si trataba de cruzar el estrecho del Bósforo como si se encontraba cercano a la isla. En caso de encontrar los misiles a bordo los requisaría de inmediato.

Durante varios meses hubo un intenso intercambio de amenazas entre Rusia, Grecia, Chipre y Turquía.

En 1997, al principio del conflicto, se cree que los servicios secretos griegos enviaron un agente a Estambul para facilitar el posible tránsito de los misiles a través del Bósforo.

Esta es su historia.

Atenas, Grecia, febrero de 1997

Trabajaba en la tercera planta del edificio del EYP, el servicio de inteligencia griego. En una vasta sala sin tabiques ocupaba una mesa cercana a la sala de informática. Frente a él, cara a cara, sólo separados por las pantallas de los ordenadores y una estratégica pila de archivadores se encontraba muy a su pesar Sotiris, el único individuo capaz de alterar su estado de ánimo. De vez en cuando aparecía con su sonriente y aceitunada carita oriental incrustada entre el ordenador y los archivadores, aunque para ello tuviera que incorporarse y apoyar toda la longitud del cuerpo sobre la mesa. Era el momento en que decidía de forma unilateral que quería conversar y el que más temía Gabriel. Si ya era complicado prestar atención a la abigarrada sucesión de nombres impronunciables que ocupaban toda la pantalla del ordenador aún lo era más apabullado por la sucesión de chismes y bromas estúpidas que le lanzaba su compañero. Al final era preferible atender la conversación que seguir con un ojo a Sotiris y con el otro el listado de nombres. Gabriel sólo rezaba una vez al día y era para solicitar a un Dios inventado que matara a Sotiris aquella misma noche.

A la pantalla de su ordenador llegaban a diario centenares de lo que llamaban “incongruencias”. Gente que regresaba a Grecia cuando en realidad no constaba que jamás hubiera salido de ella. Individuos que viajaban demasiado a menudo a países en conflicto o relacionados con el contrabando de cosas turbias. Extranjeros con visados dudosos, presuntos terroristas, presuntos narcotraficantes, presuntos refugiados políticos que en realidad eran refugiados económicos o viceversa...El servidor central recogía los datos de los controles de pasajeros en puertos y aeropuertos, de los registros hoteleros y en general de cualquier punto de entrada o salida del país, tratando de emitir un aviso en tiempo real, algo que casi nunca conseguía. Si el algoritmo era demasiado estricto la policía aduanera habría retenido a la mitad de las personas que pretendían entrar a diario en Grecia. Si lo hacían demasiado laxo, tal y como solía ocurrir en verano, la policía era alertada muy de tanto en tanto y los sospechosos aprovechaban para colarse como falsos turistas. Al final, ante la duda, el sistema escupía los nombres en los terminales de los analistas.

Gabriel era uno de ellos. En el EYP había una docena de personas que escrutaban los listados de entradas y salidas intentando establecer hipótesis del por qué un individuo viajaba tan a menudo a países sospechosos por alentar el terrorismo, o el por qué un individuo volvía sin que constara que hubiera salido jamás de Grecia. Se pulsaba sobre el nombre y los datos ampliados aparecían en pantalla, a veces incluyendo enlaces a ficheros policiales o del mismo EYP. Pero eso era raro. Por norma general sólo aparecía el nombre y los datos básicos, si había suerte acompañados de una foto. Y a partir de ahí todo un proceso de montar una historia sobre una persona anodina que con toda probabilidad llevaba una vida todavía más anodina. La mayoría de los avisos eran falsos

positivos. Si había suerte, tras una larga semana de trabajo, quedaban uno o dos nombres por los que merecía iniciar una indagación. A partir de ese momento Gabriel ignoraba lo que ocurría. No le incumbía y el departamento que realizaba la investigación estaba en otro edificio que le era totalmente ajeno. Nunca supo si algún aviso que hubiera generado había llevado a una detención. Gabriel era un simple analista cuyo único mérito para ocupar el puesto había sido hablar idiomas poco comunes. Tampoco deseaba mucho más. Desde que dejó de trabajar con su padre y perdió a Markela había decidido que la vida viniera a él en lugar de ir a buscarla. Así que lo que ocurriera con aquellos sospechosos le traía sin cuidado, ni siquiera para comprobar si estaba en lo cierto o había errado al añadir una excepción en el formulario de la unidad central. A veces, siguiendo inconfesables consignas, ignoraba los avisos y decidía que la persona sobre la cual el servidor central había lanzado una alarma no era merecedora de una investigación. Ese era su secreto y sólo requería el esfuerzo de pulsar la tecla de Escape. Ocurría pocas veces y nadie se daba cuenta de la jugada. El resto de la jornada se consumía concentrándose de tal manera en el trabajo que cualquier idea o pensamiento propio quedarán aparcados durante unas horas. Por la noche miraba la televisión sin ver nada, frecuentaba las tabernas de ambiente izquierdista del centro de Atenas sin mezclarse con nadie o vagaba por la ciudad evitando los lugares que le recordaban a ella. Y así, cuando sus paseos sin sentido le llevaban por azar al lugar donde amó a Markela, daba media vuelta y se desvanecía maldiciendo el momento en que sus pasos traicionaban su deseo de olvidar.

Sotiris le chistó para llamar su atención. Por el pasillo central de la deshumanizada sala cruzaron Dimitrios Spanoulis y Alexios Korakakis con el rostro sombrío. Los dos hombres eran agentes veteranos que habían sobrevivido a todos los cambios políticos. Nadie sabía muy bien qué tarea desempeñaban en el EYP pero se les suponía un poder inmenso. Se rumoreaba que Spanoulis había tenido algo que ver con el golpe de estado organizado por Nikos Sampson en Chipre y que mucho antes, en su juventud, había organizado falsos controles policiales en las carreteras del centro de la isla con la única finalidad de matar a los turco chipriotas civiles que se aventuraban fuera de sus guetos. Lo que se dice un mal bicho.

Spanoulis había progresado a pesar de los muchos que quisieron defenestrarlo a lo largo de los años. Los empleados del EYP decían que en Grecia nada era inamovible excepto el despacho que ocupaba Spanoulis desde hacía más de veinte años.

Korakakis era diferente. Tampoco nadie sabía muy bien a qué se dedicaba. Se suponía que cobraba una nómina de la agencia pero también que actuaba como un agente libre. Había nacido en Alejandría pero tuvo que

marchar con su familia cuando Nasser decidió que Egipto iba a ser sólo para los árabes y que por tanto los griegos le sobraban. La sugerencia fue suficiente para que la comunidad emprendiera la huida. Después de más de dos mil años de presencia en el norte de Egipto los griegos se esfumaron de la ciudad que ellos mismos habían fundado.

Los siguientes años Korakakis los pasó en Atenas y cuando alcanzó la mayoría de edad en lugar de estudiar vagó por Europa y América sin oficio ni beneficio conocido. Años más tarde regresó a Grecia para formar parte del grupo de guardaespaldas que protegían a Andreas Papandreu y desde entonces estuvo ligado en mayor o menor medida a los servicios de inteligencia. Algunos decían que estaba implicado en los asuntos más retorcidos del EYP, aquellos que alternaban la represión de los grupos de extrema izquierda con la financiación de los mismos, dependiendo de qué lado soplara el viento político en Atenas en ese momento. La trayectoria vital de Korakakis había marcado su cuerpo. Envuelto en alguna trifulca juvenil había perdido el ojo izquierdo y el dedo índice de la mano derecha. Así que cuando miraba a alguien con el ojo cristalino o le apuntaba con un dedo inexistente pero que el interlocutor debía imaginar que aún estaba allí, un escalofrío recorría el cuerpo del señalado. Mientras que Spanoulis era un hijo de puta elegante de modales exquisitos, Korakakis no se molestó nunca en aprender a ser agradable. Formaban una extraña pareja que a veces se dejaban ver juntos fuera de las cloacas que ocupaban en los pisos superiores. Los analistas, habituados a especular casi siempre sin pruebas, formulaban toda una serie de teorías sobre la amistad que les unía. Las había abiertamente difamatorias. Otras aseguraban que Korakakis hacía el trabajo sucio, con cuchillo o pistola, que Spanoulis ni por edad ni por posición podía llevar a cabo. Pero todas coincidían en insinuar que los asuntos que llevaban entre manos eran patrióticos cuando el bien para Grecia coincidía con el bien para ellos mismos.

- ¿Qué crees que deben estar tramando esos dos? Nunca bajan por aquí.- preguntó en un susurro Sotiris.
- Ni idea. - respondió Gabriel alzando los hombros sin mostrar interés.
- Seguro que nada bueno.- insistió el regordete Sotiris.
- Seguro.- murmuró indiferente su compañero.

De repente los dos hombres giraron por el pasillo que conducía hasta Gabriel y se detuvieron a su a su espalda. El joven giró la cabeza a cámara lenta. Los dos tipos le miraban fijamente. Sonreían simulando afabilidad y eso les daba un aspecto aún más amenazador.

- ¿Es usted Gavriil Kanas? - preguntó Spanoulis cruzando las manos frente a él y alzando levemente los talones, como si estuviera a punto de anunciarle algo muy satisfactorio.

- Sí, soy Gabriel Kanas – corrigió el joven.
- Gabriel...es la traducción de Gavriil al español, ¿no?
- Así es.

Y los dos hombres se miraron con total complicidad.

- Si nos hace el favor de acompañarnos tenemos que comentarle un asunto.
- Claro.

Gabriel se levantó agarrando la chaqueta a lo que Korakakis, que todavía no había abierto la boca, le conminó a dejarla donde estaba porque explicó que iba a ser cosa de poco tiempo. Por un momento la mirada asombrada de Sotiris se cruzó con la suya y fue entonces cuando Gabriel se empezó a inquietar. Haciendo un rápido repaso a lo que había hecho y dejado de hacer durante los últimos meses llegó a la conclusión de que en su historial no había nada malo pero tampoco nada bueno que alegar en su defensa. Al menos nada que aquellos dos hombres pudieran conocer. Tal vez algún desliz al eliminar a sospechosos pero el listado de descartados de cada analista se barajaba en la base de datos y no quedaba rastro de quién había hecho el qué. Cuando llegaron al despacho de Spanoulis invitaron a Gabriel a sentarse mientras ellos se colocaban tras el escritorio de pie y a contraluz de la ventana, de manera que sus rostros quedaban ocultos en una especie de sombra de donde no emanaba mas que sus voces. Primero le tranquilizaron explicando que le iban a proponer un cambio de trabajo. Gabriel replicó que no estaba nervioso. De inmediato iniciaron un incisivo interrogatorio.

- Su madre es española, ¿no es así?
- Sí.
- ¿Y cuál es el apellido de su madre?
- García.

Se lo hicieron repetir varias veces para imitar ellos mismos la pronunciación de forma correcta.

- ¿Es ese un apellido español? - preguntó Spanoulis, a lo que Korakakis respondió afirmativamente anticipándose a Gabriel.
- Bien, ¿dispone usted de un pasaporte español?

Gabriel dudó por un momento. En teoría no debía contar con él puesto que había renunciado a la nacionalidad española al adquirir la griega. En la práctica lo renovaba cada cinco años simulando que seguía siendo tan español como siempre y así poder disponer de dos pasaportes. Siempre es mejor acaparar tantos pasaportes como fuera posible por si el Plan “A” falla de repente. Fuera cual fuera el Plan “B”.

- No hace falta que dude, - le dijo Spanoulis con tono conciliador, para a continuación deslizar sobre la mesa una fotocopia de las dos primeras páginas del pasaporte español de Gabriel.
- No se preocupe, - dijo Korakakis – no estamos aquí por eso.

El tuerto recogió la fotocopia y leyó el nombre en voz alta : “Gabriel Kanas García”. Luego se dirigió a Gabriel. En su tono no había reproche de ningún tipo.

- ¿Cree que el apellido 'Kanas' podría pasar por español? Suena español...
- Lo dudo. Suena a español pero dudo que signifique nada. Bueno – dijo con una sonrisa -, “canas” son los cabellos de color blanco que aparecen con la edad.- respondió Gabriel aún aturdido por el hecho de que dispusieran de una copia de su pasaporte español. Se abstuvo de preguntar cómo lo habían conseguido. A fin de cuentas trabajaba para el EYP y si en algún sitio podían ocurrir esas cosas era precisamente en el EYP.
- ¿Y si cambia la “K” por una “C”? - preguntó mirando el nombre latinizado que aparecía en el pasaporte español - ¿Eso lo haría más español?
- No creo que exista el apellido “Canas”. Tendría que mirarlo en un listín telefónico, pero no creo. No me suena. Tal vez exista pero no lo he oído nunca.
- Es una lástima – rezongó Korakakis - , lo tiene usted todo : nacido en Madrid, con un apellido casi español...Hubiera sido muy fácil pedir un cambio de una letra argumentando un error de traducción.
- Bien, para nosotros es importante que usted parezca a partir de ahora completamente español. - habló Spanoulis - Sabemos que en España utilizan los apellidos del padre y la madre y que además se puede pedir intercambiarlos, de manera que el apellido de la madre anteceda al del padre. No era nuestra idea original pero deberá solicitar el cambio del nombre de Gabriel Kanas García a Gabriel García Kanas. ¿Lo ha entendido?

Gabriel se revolvió en la silla. “¿Deberá?”, qué demonios significaba “deberá”. Intentó contener la ira antes de hablar.

- ¿Me podrían explicar por qué debo cambiar mis apellidos? Parecer español no hace falta que lo parezca, soy medio español. ¿Qué problema hay con mi apellido?

Korakakis abandonó la penumbra para sentarse en el filo de la mesa, cerca de Gabriel.

- Vamos a ser claros : queremos que sea agente nuestro en Turquía
- ¿Qué? - replicó el joven abriendo los ojos para aparentar sorpresa.
- Lo que ha oído, - continuó Spanoulis – queremos que haga de agente para nosotros. Ya sabe todo lo que está pasando con la compra de los misiles por parte de nuestros amigos chipriotas y debemos estar preparados para cualquier eventualidad.
- Pues creo que se han equivocado de hombre. Soy un analista sin preparación para ser agente o espía, o como lo llamen.

Spanoulis cogió una carpeta, la abrió y extrajo unos folios.

- Mejor diga agente. Espía suena sucio aunque sea lo mismo en realidad. En su expediente dice que usted habla, aparte del español y el griego, inglés, francés, árabe, farsi y...turco, ¿es correcto o sólo se trata de construir un curriculum admirable?
- Ustedes saben que es cierto. Me he pasado los tres últimos años traduciendo documentos en esos idiomas. Pero que hable turco no significa que me vaya a prestar a hacer de espía en Turquía. Supongo que se ha de tener algo de preparación al respecto, ¿no?

Los dos hombre estallaron en carcajadas, dando a entender que al menos en lo que a ellos respectaba lo de la preparación era superfluo. Hasta cuando reían aquel par de individuos tenían algo de siniestro.

- No le pedimos que coloque bombas ni realice actos de sabotaje. Se trata de ir allí, relacionarse con la gente y saber escuchar. Nosotros le iremos dando indicaciones sobre las personas que debe conocer y qué informaciones nos interesan. Supongo que estará interesado en que Grecia y nuestro aliado Chipre ganen esta partida, ¿o no? - inquirió Spanoulis con una mirada fría.
- ¿Su nivel de turco es bueno? - prosiguió Korakakis, aparentemente importunado por el comentario de Spanoulis.
- Bastante bueno.
- Al principio no podrá demostrar que domina el turco. Es preferible fingir que se ignora el idioma del enemigo y así crean que pueden conversar con total impunidad delante suyo.
- Lo comprendo, pero repito que no estoy muy interesado en el tema.

Spanoulis y Korakakis explicaron el plan ignorando sus reticencias. Por alguna razón estaban seguros de que al final aceptaría. Se trataba de enviarlo a Madrid para que se volviera a hacer el pasaporte con el orden de los apellidos alterado. Con el nuevo pasaporte viajaría a Estambul donde se establecería como representante de varias firmas españolas

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

